

Accidentes

Corro con todas mis fuerzas, playeras contra asfalto, sangre martilleando en los oídos, pulmones y garganta en llamas. No puedo parar, falta muy poco. Se puede decir que me va la vida en ello. A pesar de todo y, como no puede ser de otra forma, me gana. Una vez dentro, nos desplomamos en el suelo, espalda contra la pared, sin poder parar de reírnos de alivio. Aún quedan siete minutos para el último metro. Observo la estación desde el suelo mientras intento recuperar el aliento. Es una de las nuevas, limpia, aséptica, anodina, bañada en una potente y desagradable luz blanca, con sus flamantes trenes sin conductor. Las odio, no tienen alma. El ataque de risa, al que ha contribuido la ingesta de más cervezas de las recomendables para un martes, empieza a remitir, dejándonos con cinco largos minutos de espera. Las únicas personas en el andén, aparte de nosotros, son unos novios entregados con extrema diligencia a la tarea de devorarse el uno al otro. Tanto es así, que ni nos han notado irrumpir. Preocupado, empiezo a imaginar las posibles excusas a mi tardanza que puedo dar en casa, y sus correspondientes acogidas. Lo mire por donde lo mire, estoy jodido. Y todo porque al imbécil de Rober se le ha antojado...¿dónde se ha metido?

- Niño, ¿soy yo o esta tía está muy buena?- me susurra, a mitad de camino entre ellos y yo. Fastidiado por el apelativo (a este paso tendré 40 años y seguiré siendo *el niño*), examino a la chica sin mucho interés. Melena planchada de un color entre rubio pollo y naranja cobrizo, mucho maquillaje, escote generoso y algo a lo que le faltan como unos seis centímetros para poder ser llamado minifalda. Definitivamente no es mi tipo, demasiado escandalosa. Rober sigue acercándose poco a poco mientras me sigue hablando.- ¿Has visto que tetas? Y vaya culo, ¡madre mía!

- ¡Rober, estate quieto!- siseo inquieto al percatarme del tamaño del novio en cuestión. Tiene pinta de poder partirnos el cuello utilizando solo el meñique de la mano izquierda. Y el imbécil de mi mejor amigo ya está tan cerca de él y de la chica que solo tendría que alargar el brazo para tocarlos.

- Me apuesto lo que quieras a que si le meto mano ahora mismo, ni se entera.

Ante mis atónitos ojos, Rober extiende el brazo y empieza a comprobar su teoría. A su vez me cuenta en susurros lo suave, firme y excitantemente caliente que está la piel de la chica. Es cierto que no se da ni cuenta. El éxito inicial y mi sonrisa qué-cabrón-eres hacen que la mano de Rober se vuelva más audaz y empiece a conquistar más territorio del que se me podría haber ocurrido. Llega al muslo y, al parecer, allí se está aún mejor, ya que se detiene despreocupado. Momento maldito que elige el novio para abrir los ojos.

- Hijo de puta- logra proferir cuando se ha repuesto del shock. De un salto, se lanza sobre mi amigo, con furia asesina. Mientras la chica no para de protestar, estridente.

- Tío, solo era una broma- Rober intenta defenderse, pero el alcohol en sangre no es que ayude a su pobre capacidad de raciocinio. A mí, en cambio, se me ha pasado el pedo de golpe. Me levanto e intento negociar con el chico. Lo que solo consigue que me lleve tal hostia que me quedo pegado en la pared como un cromo. Desde allí veo como se enzarzan en una pelea que Rober no tiene ninguna posibilidad de ganar. La chica opta por la solución más inteligente y, despotricando contra los hombres del mundo, sale a toda pastilla de la estación. Mi amigo consigue desasirse utilizando todas sus fuerzas y se aleja unos pasos, aturdido. El otro lo sigue y le lanza un puñetado con el objetivo de destrozarlo. Rober lo

esquiva no se muy bien ni cómo y se tambalea, intentando recuperar el equilibrio. No lo consigue. Cae a las vías. El metro entra en la estación.

Las puertas del metro se abren con un pitido estridente, sacándome de mi estupor. Tengo que moverme. Tengo que hacer algo. Este tío acaba de matar a Rober. Empiezo a retroceder lentamente hacia el vagón, sin perderlo de vista. Parece tan impactado como yo. No creo que haya asimilado lo que acaba de pasar. Entonces capta mi movimiento con el rabillo del ojo y se vuelve hacia mí, las pupilas dilatadas de terror.

- Yo...no. No he...- intenta justificarse de alguna manera, pero a mi me da igual, solo quiero salir de aquí. Unos pasito más y estaré en el vagón.- Espera, solo ha sido un accidente. En serio, yo no quería¿dónde vas?

Vaya una pregunta tonta, tío. Lo más lejos de tí que pueda. Y después a la policía. Ni me molesto en contestar porque veo, con terror, como se dirige hacia mí, cada vez más deprisa. Me meto en el vagón y echo a correr hacia la cabeza del tren. Detrás de mi oigo el bendito pitido de las puertas al cerrarse y me vuelvo, esperando verlo alejarse, sobre el andén, con cara de rabia. En lugar de eso, ha conseguido saltar dentro del metro en el último segundo. Respira. Tranquilo. No puede llegar hasta tí. Estoy en uno de los metros antiguos, que ya no se ven casi, y no se puede pasar de un vagón a otro. Él también se acaba de dar cuenta de esto y me observa con una expresión indescifrable, dos vagones más allá. Mi cuerpo decide (muy sensatamente creo yo) que eso no es suficiente consuelo, y solo puedo intentar controlar las convulsiones para no potarme encima. Gracias a Dios, no hay nadie en el vagón. En total debe de haber como unas cinco personas en el tren, contándonos a mi amigo, el psicópata y a mí. No hay tiempo para tonterías, niño. Ya llegamos a la siguiente estación. Mierda, ahora hasta mi subconsciente se pone paternalista conmigo. Pero tiene razón. Las puertas se abren ante mí y comienzo mi sprint triunfal hacia la salida. Todo va bien hasta que el muy cabrón se pone a mi altura y me golpea en la espalda, haciéndome caer. Sin poder hacer nada por evitarlo, veo como me lanza de nuevo al primer vagón, que sigue vacío, golpeándome dolorosamente contra un asiento. Las puertas se cierran de nuevo y esta vez lo hacen de manera ominosa.

- Lo siento tío- oigo que me dice, algo avergonzado- No quería hacerte daño. Pero tenemos que hablar, antes de hacer ninguna tontería. Todo ha sido un accidente.

- Y una mierda un accidente- grito, escupiendo sangre y algún trozo de diente.

- No quería hacerle daño, ha sido sin querer.

- Me da igual- y es verdad. Puede que todo haya sido una broma que se había salido de madre, sobre todo por culpa de mi amigo. Pero el resultado final es que ha sido MI AMIGO el que ha acabado tirado en algún oscuro y frío túnel, reducido a una papilla de huesos, carne y sangre. Y por muchas gilipolleces que haya hecho esta noche en particular y en su vida en general, no se merece que su absurda muerte quede impune. Mientras pienso en todo esto, repito una y otra vez "Lo has matado", cosa que no parece gustarle mucho. Acaba saltando sobre mí, con la intención de hacerme callar de una vez por todas.

Impactado, me doy cuenta de que lo que realmente está en juego en ese vagón es mi supervivencia y me agarro a ella con uñas y dientes. Con una fuerza que sé que no tengo, consigo golpear su cabeza contra el suelo varias veces, hasta dejarlo groggy. Tengo que salir de aquí. Si la memoria no me falla, todavía queda un rato para la próxima estación. Tiempo de sobra para que reaccione y me haga pagar los golpes con intereses. Sin pensar, tiro del freno de emergencia. No me imaginaba que iba a ser tan espectacular. El viejo tren, inestable en unas vías nuevas que no están hechas para él, acaba volcando, pero no puedo pararme a pensar en lo que he hecho, en la gente que puede haber salido herida, aún no.

Tengo que correr. Y corro como alma que lleva el diablo, solo concentrado en la luz de la estación, al final del túnel. Sé que él me sigue, oigo sus pisadas, como fuego de ametralladora tras de mí. Casi puedo sentir su aliento en mi nuca. Esto no va a funcionar. Sé de sobra que no soy capaz de correr más que él. Tengo que plantarle cara. En la oscuridad del túnel me paro y busco algo que me pueda servir de arma, con mi propia y acelerada respiración tan escandalosa que me agobia. ¿Una barra de hierro? Supongo que tendrá que servir. Me sitúo en un recodo, donde no me vea venir. Aguanto hasta el último segundo, conteniendo la respiración. Entonces dejo que toda la rabia, el miedo y la desesperación de la noche se concentren en mis brazos y golpeo. Veo su cara un segundo antes de recibir el golpe y me siento satisfecho de haber podido provocar tanto miedo en él. El crujido de hueso me indica que he tenido éxito. Salgo de allí antes de que llegue alguien.

El aire de la calle me baña y me refresca, aliviando el latido de mi cabeza. Llego tarde a casa. Muy tarde. ¡Y en qué estado! Pero he sobrevivido a la noche y nunca lo hubiese creído posible. A fin de cuentas, puedo considerarme afortunado. Cuando amanezca, me acercaré a la comisaría. Creo que por lo menos me merezco unas horas de sueño y una ducha. Y quizá, por cómo me duele el cuerpo entero, una visita a Urgencias. Mi móvil vibra como un loco en el bolsillo. Descuelgo sin mirar mientras me preparo moralmente para la bronca de mi madre.

- Niño ¿dónde andas?- Mis fluidos se congelan. Los latido de mi corazón se tornan sincopados. Las rodillas me fallan. Estoy sentado en el suelo, oyendo una voz de ultratumba- ...niñoooo. ¿Estás ahí?

- Ro...- me aclaro la garganta- ¿Rober?

- El mismo. Y creí que la palmaba. Menos mal que he visto muchas películas. Me metí en el hueco debajo del andén. Vamos, puedes decirlo. Soy un tío grande.

Por mi cerebro corren señales de alarma a la velocidad de la luz. La más importante dice, en letras de neón de 15 metros: ¿Y ahora qué? Repasando la noche en mi mente, no podía creerlo. ¿Qué había hecho? Peleas, descarrilamiento de tren, asesin...

Sacudo la cabeza, intentando razonar conmigo mismo. A ver, niño. No has tenido más remedio. No ha sido culpa tuya. Ha sido todo cosa de las circunstancias. Tenías muy buenas razones para hacer todo lo que has hecho. Y si te lo montas bien, nadie tiene porqué relacionarlo contigo. No ha sido nada más que una serie de desafortunados accidentes. Accidentes y ya está. Accidentes...

- Rober, eres un tío muy grande. Tanto que mañana invitas tú a desayunar. Nos vemos mañana.

Camino tranquilo hacia casa, olvidados ya los diferentes dolores repartidos por mi cuerpo. Tengo otras cosas en que pensar. Si quiero que nadie me relacione con los accidentes, todavía hay un cabo suelto que amarrar. Y voy a encontrarla, de eso estoy seguro.